

PLAY, MÚSICA EN SESIÓN

Lic. Guido A. Zannelli

*Porque aprendí a florecer
me duelen tantas heladas,
porque aprendí a florecer
me duelen tantas heladas,
nublarse pa no llover,
es sólo cuestión de lágrimas,
porque aprendí a florecer
me duelen tantas heladas.*

José Larralde

Introducción

Todo niño en la edad de transición escolar experimenta cambios y movimientos caóticos tanto en su vida emocional como en su entorno. El paso de la educación primaria a la secundaria es un hito ejemplar que demarca simbólicamente e intenta representar un acontecer real e insoslayable: El advenimiento y la explosión de la adolescencia.

Hasta entonces su conciencia y sentimiento de sí-mismo se encontraban estrechamente ligadas a su fuero familiar y a la red de identificaciones parentales y fraternales. El ingreso a la escuela secundaria, además de implicar nuevos compromisos, exigencias y responsabilidades de cada alumno, trae aparejada una fuerte desinvestidura y conmoción de los lazos intrafamiliares. Si bien no es un suceso traumático, ya que a partir del ingreso al jardín de infantes y la escuela primaria el niño conoce otras realidades que le son ajenas a lo conocido y

devienen familiares, la adolescencia y su tránsito por la escuela secundaria reúnen las marcas más fuertes de este período de individuación-separación familiar.

Nos focalizaremos en la música que los jóvenes hacen y reproducen como parte de una expresión indecible y a la vez ensordecedora como pueden ser caracterizadas las conmociones y vaivenes de su ansiedad y su identidad personal. Para ello tomaremos pequeños ejemplos del campo clínico que incluyen elementos centrales del trabajo con adolescentes: la transferencia, el juego y el sentido de sí-mismo. Los ejemplos citados son sólo fragmentos delimitados de análisis desarrollados en centros públicos y privados de atención a la salud y consultorio privado. Sus identidades han sido resguardadas y sólo nos referiremos a ellos con nombres ficticios, habiendo deformado algunos datos.

La inquietud inicial por realizar este trabajo se localiza en estudiar y explorar qué tipo de manifestación adquiere la música en el análisis de pacientes adolescentes. ¿Qué tipo de comunicaciones son acerca del mundo interno del paciente? ¿Son expresiones lúdicas que invitan a participar de la zona transicional que se despliega en el juego de un adolescente? ¿De dónde parten dichas expresiones lúdico/musicales? ¿Son reveladores de momentos pre-verbales de una etapa infantil? ¿Son pilares para la identidad y la estructuración de su narcisismo? ¿Cuál es su estatuto en relación a los procesos psíquicos? ¿Son equiparables a procesos oníricos?

Se abre el telón

I

Isidoro, de aspecto risueño, largos cabellos rubios desordenados, mirada curiosa e ingenua llega al consultorio a los 13 años de edad. Muy nervioso muestra dificultades para concentrarse en una actividad y hacer de ella un uso prolongado. Sus padres realizan la consulta derivados por otros profesionales que detectaron signos de dislexia y ansiedad en Isidoro. También les preocupa sus reiterados miedos a irse de campamento con sus compañeros. Su madre es maestra en la escuela a la que él concurre, en la cual la música y canciones ocupan un papel central en el desarrollo de los niños. En su primera entrevista se encuentra con un espacio inédito que lo espera con varios elementos para jugar, dibujar, pintar. “*Qué tentador*”, enuncia ante el nuevo escenario. Alterna ansiosamente entre varios juegos que hay en el consultorio, no quedando satisfecho con ninguno y queriendo tener una prueba de todos. Su celular no deja de emitir sonidos de mensajes y llamadas en toda la entrevista. Dice estar nervioso por planes que realizó y que si no contesta los mensajes puede meterse en líos. Realiza muchas preguntas acerca de mi persona y despliega predominantemente una transferencia gemelar en la que me iguala y equipara casi por completo. Entre todas las actividades que desplegó, el uso de las témperas me causó una impresión más particular. Coloca los colores elegidos en la huevera y los ahoga en agua, comprobando también si eso causará algún problema con la higiene del consultorio. Realiza una producción muy aguada que se sale de su control y al terminarla declara: “*Bueno, quería hacer otra cosa y me quedó una serpiente debajo de una ola*”.

En siguientes entrevistas pregunta si me gusta la música y sintiéndose animado por mi respuesta agrega: “*Yo quiero ser*

DJ. Pero no de música electrónica fuerte. Tengo unos temas hechos. ¿Quieres escucharlos?». Toma su celular, que había apagado como medida de protección para no ser molestado, y reproduce unos temas de música electrónica. Pregunta si me gusta e invita a sentarme a su lado en el diván mientras me muestra cómo realiza esos temas con una aplicación del celular que permite armar bases de ritmos y agregarle detalles y brillos con sencillos botones. “¿Escuchas ese efecto que parece que suena debajo del agua? Mirá, te voy a mostrar cómo se hace”.

II

Hugo, hosco, parco, desafectivizado en su poca expresión verbal, asiste contra su deseo a los consultorios de un centro privado de atención a jóvenes con discapacidad. Dejó de asistir a la escuela especial con pocas razones para exponer, salvo el hecho de no querer ir y manifestando que “*allí son todos tienen caras raras*”. Su certificado de discapacidad parece plantear una ironía ya que estipula que tiene un trastorno de hiperactividad y desatención, y su andar y proceder son claramente lentos y pesados. Su madre soltera cede ante la imposición de permanecer en el hogar y el joven de 15 años se queda todo el día en la casa mirando la televisión, jugando a la *Playstation*, leyendo revistas de *Manga* o jugando a los Legos. Incluso llegó a ausentarse de las sesiones por más de un mes. Regresa por su voluntad y preguntado acerca de lo sucedido dice con un extraño tono impersonal (similar al del personaje de *Mork* que encarnaba el maravilloso Robin Williams): “*Es que no quería venir*”. Concorre con cierta regularidad a clases de batería y por tal motivo agrego en la sesión algunos elementos musicales de percusión. Los mira con desinterés y los toma en su mano

luego de preguntar qué es cada uno y los deja a un lado como habiendo dado vuelta la página de un diario con noticias de países extranjeros.

Solicita poner música en las sesiones que son caracterizadas por un silencio arrollador y el discurrir en los juegos secuencial y aburrido. Accedo sin más y toma de su bolsillo un papel doblado varias veces. Tiene anotadas los nombres de las canciones que le gustan. No las recuerda de memoria. Empiezan a sonar en el celular, una a una. Francamente me impactan y debo hacer un esfuerzo por tolerar la velocidad del *tempo*, las voces agudas, chillonas y procesadas que son inentendibles, sobre un fondo de guitarras híper distorsionadas y saturadas que no dejan lugar para ningún silencio. Me tensan un poco y le solicito que baje un poco el volumen para poder seguir escuchando. Recuperado del *shock* inicial pregunto de dónde vienen esas canciones pero Hugo no se siente nada convocado a la charla y simplemente responde que no lo recuerda o que no sabe. Para la reproducción de los temas utiliza la plataforma de *YouTube* donde los videos que acompañan las canciones, o viceversa, contienen fragmentos editados de *Anime* japonés. Imágenes sexualizadas, violentamente explícitas con personajes que combaten en luchas exageradamente explosivas y rápidas. Conozco el género del *Anime* pero más me desconcierta la música que no es *heavy metal*, ni *hardcore*, ni *punk*. Hugo no se preocupa por explicarme nada acerca de sus gustos, simplemente los exterioriza por medio de las reproducciones con el celular. El resultado es una escena un tanto bizarra. Él y yo en silencio absoluto (a mis preguntas e intervenciones responde con monosílabos desinteresados) jugando mecánicamente a las cartas hasta que hace sonar canciones explosivas que inundan todo el espacio y

hasta me impiden seguir pensando con claridad y atendiendo a lo que pasa. Entre todo ese ruido, cierto día tiene la intención de explicarme algo sobre uno de sus personajes favoritos del *Anime*. Se trata de un héroe muy poderoso que nadie puede vencer, *One Man Punch*, y según me describe tiene dos caras: una normal y una seria. Al tiempo que escucho sus palabras el video enseña las expresiones del héroe que, a decir verdad, no muestran variación alguna.

III

Fausto, alto, temeroso e introvertido gradualmente dejó de concurrir a clases a los 16 años. Nunca pudo manifestar con palabras por qué tomó tal medida, y su expresión denota mucha angustia más allá del pánico. Se lo observa nervioso e incómodo, se acentúan *tics* cada vez que se toca el tema. Se encierra en su hogar durante largas semanas y no sale excepto para concurrir a mi consultorio. Manifiesta temores de todo tipo, no sólo a salir del hogar, sino también a sensaciones sutiles de su cuerpo. Así se preocupa enormemente en hacer consultas por señales en su cuerpo que él lee como síntomas de enfermedad orgánica. Las sesiones son un híbrido entre conversaciones verbales, silencios mudos y juegos de dados y cartas. Entre sus grandes preferencias se encuentra la música, en especial *rock*. Sus bandas favoritas son norteamericanas. Toca en la guitarra que dispongo para él en el consultorio alguna de esas canciones con habilidad y frescura. Incluso llega a hacerme escuchar composiciones instrumentales propias.

Un día Fausto me cuenta con ánimo una novedad. Dejó de escuchar *rock*, y me hace saber que eso es cosa del pasado. Ahora escucha *trap*. Entre sorprendido y convocado pregunto más sobre esto y me explica que se trata de un desprendimien-

to del *rap* y el *hip-hop* que empezó a difundirse hace unos años y sus letras describen la escena de la venta de drogas, peleas entre pandillas callejeras y la vida en prisión. Se centra principalmente en esos temas y sus cantantes se hostigan por medio de videos en *internet*, haciendo alardes y mostrándose presumidos acerca de sus conquistas sexuales, el uso de sustancias o la resistencia a los ataques de un mundo hostil que los rechaza. Mientras tanto Fausto realiza salidas perimetrales del hogar sin alejarse demasiado.

IV

Iris, una joven alegre y simpática realiza una consulta espontánea en el centro de salud pública donde realizaba mi concurrencia. Tiene 16 años y expresa interés por hablar sobre ella y entender los cambios que le están ocurriendo. Fue adoptada recientemente por una mujer que se ocupa de ella y sus dos hermanos. Se encuentra agradecida con ella y por la suerte que tuvo luego de haber vivido con una familia adoptiva más “*rara y oscura*”. Le gusta mucho la música, en especial el *rock* nacional, Luis Alberto Spinetta, Los Piojos y otros. Se encuentra rápidamente a gusto conmigo y no tarda en asociar libremente durante las sesiones, que gozan de una transferencia positiva. Toma clases de guitarra y concurre con la misma en algunas sesiones. Me pregunta si puede mostrarme una canción que ella escribió. Canta bien y la letra es muy poética. Retengo una frase que repite varias veces como un estribillo: “*te queman la cabeza*”. La canción me genera la impresión de una seducción. Está pendiente de las reacciones que su mostración pueda haber producido en mí. Pregunto sobre la frase de la letra. Iris dice que no responde a nada en

particular. Me aventuro a señalar que la cabeza que parece estar en juego es la suya. Se sonríe y dice que podría ser. En la sesión siguiente trae un sueño.

Comentarios

No pretendo realizar en este breve trabajo un análisis pormenorizado de cada extracto clínico. Sólo poder considerar qué lugar tiene la música en el campo de la atención psicoanalítica. Mi estar y mi atención en la sesión no fueron los mismos si el paciente reproducía o bien ejecutaba un instrumento en vivo. Mi escucha no era impasible si el ejecutante utilizaba un tono más dulce o bien más cargado de furia. Puedo alcanzar a suponer que la música se trata de una experiencia sensorial de distintos niveles de elaboración, teniendo su despliegue dentro del fenómeno de la transferencia, y sólo así entiendo su valor en la sesión. Por momentos parece provenir del impulso de exhibir un narcisismo que necesita aprobación, por otros de una seducción encubierta. Puede acontecer dentro del espacio analítico pero también, y muchas veces, fuera de él como al mismo tiempo dar cuenta de un proceso de crecimiento, de reelaboración, de búsqueda de la identidad personal. Entiendo que no somos los mismos ni sentimos las mismas emociones si escuchamos música electrónica, *nü metal*, *trap* o canciones de autor. La emoción está comprometida en cada una de ellas. Pareciera que con su música quisieran sumergirnos en esas aguas que se agolpan con fuerza contra el pecho y necesitaran nuestra presencia *in situ* para tolerar los embates y crecidas de la ansiedad, así como también para atestiguar que eso que sienten es vívido y real. Podemos escuchar qué les pasa, a ellos.